

CIENTÍFICOS EUROPEOS EN EL ALTIPLANO BOLIVIANO-ARGENTINO: ANTROPOLOGÍA, EXPEDICIONES Y FOTOS



SILVIA GIRAUDO y PATRICIA ARENAS

INSTITUTO DE ARQUEOLOGÍA Y MUSEO
UNIVERSIDAD NACIONAL DE TUCUMÁN

RESUMEN: ENTRE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX Y LA PRIMERA DEL SIGLO XX, CIENTÍFICOS EUROPEOS –EN EL CONTEXTO DE LA EXPANSIÓN IMPERIAL DECIMONÓNICA– EMPRENDIERON NUMEROSAS EXPEDICIONES A AMÉRICA LATINA, CON EL PROPÓSITO DE EXPLORAR Y DESCRIBIR EL TERRITORIO, SUS RIQUEZAS NATURALES Y SUS HABITANTES. EN MUCHOS CASOS, PLASMARON EN LIBROS LOS RESULTADOS DE SUS INVESTIGACIONES. UNA DE ELLAS, CONOCIDA COMO LA “MISIÓN FRANCESA”, ESCRIBIÓ “ANTROPOLOGÍA BOLIVIANA” (1908). A PARTIR DE UNA REFLEXIÓN SOBRE LA MODERNIDAD DESDE UNA REGIÓN UBICADA EN LA PERIFERIA DEL MUNDO EUROPEO, ESTE ENSAYO ABORDA EL ANÁLISIS DE DICHO TEXTO DESDE UNA PERSPECTIVA ANTROPOLÓGICA Y SEMIÓTICA, INDAGANDO SOBRE LA RELACIÓN ENTRE PROYECTO CIENTÍFICO Y CONTROL DE LOS CUERPOS.

PALABRAS CLAVE: Modernidad – eurocentrismo – identidad – alteridad – sujeto –

ABSTRACT: Between the 1850's and the 1950's, European scientists –in the context of Modernity– made several expeditions to Latin America, in order to describe and explore the territory, its natural resources and its inhabitants. In many

cases, they wrote the results of their investigations in books. One of these expeditions, known as the “French expedition”, wrote “Bolivian Anthropology”, which is studied in this essay from an anthropological and a semiological point of view.

KEY WORDS: Modernity – euro centrism – identity – otherness – subject -

Las Ciencias Sociales desde la perspectiva de su propia historia han sido, en América Latina, eurocéntricas en cuanto a la formación disciplinar y del campo profesional y en la conformación de los espacios de producción. Como tales, son producto del sistema mundial moderno, constituidas fundamentalmente a partir de la necesidad de explicar el predominio europeo en el mundo, en virtud de realizaciones específicamente europeas y de extender dicho predominio a partir de la idea de que existen verdades científicas que son válidas a través del tiempo y del espacio, para todas las culturas. Así, la ciencia desplazó a la filosofía como modo de saber prestigioso y árbitro del discurso social y pretendió describir los procesos universales que explican el comportamiento humano, apoyándose en la afirmación de que lo que ocurrió en Europa Occidental era un patrón aplicable en toda la ecumene, como modelo de realización progresiva e irreversible para toda la Humanidad. Europa –particularmente aquel territorio socio intelectual que luego se convertiría en el paradigma del “Occidente Cristiano”– reservó para sí el calificativo de “civilizada”, confinando al resto del mundo a la “barbarie”. Desde la Modernidad, se entiende por “civilizada” aquella sociedad cuya creencia central radica en la existencia del progreso y el desarrollo histórico, basados en el adelanto de la tecnología y el aumento de la productividad. Las Ciencias Sociales latinoamericanas, como las de otras regiones llamadas “marginales”, “subdesarrolladas” o “periféricas”, son descendientes directas de aquéllas europeas.

Desde esta perspectiva, nos interesa analizar una obra producida a principios del siglo XX por un grupo de científicos franceses. Se trata de un texto producto de una expedición realizada al altiplano chileno-argentino-boliviano: *Antropología Boliviana*, integrada por tres volúmenes: *Etnología*, *Demografía*, *Fotografía métrica*; *Antropometría* y *Craneología* (1908). El análisis que aquí se realiza, se hace desde un abordaje interdisciplinario antropológico-semiótico, sobre dos discursos complementarios presentes en la obra: el verbal y el icónico.

I

EL MARCO POLÍTICO Y CIENTÍFICO EUROPEO A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

Al iniciarse el siglo XX, Europa estaba inmersa en grandes cambios sociales. El capitalismo industrial, en su etapa imperialista, había lanzado a los europeos ricos a terminar de conquistar el globo en busca de nuevos mercados. La promesa de un progreso indefinido, tanto económico como social, comenzaría a resquebrajarse en la primera década del siglo XX. La avanzada de expansión económica fue acompañada por expediciones científicas, estrechamente vinculadas, ya sea por cuestiones políticas o porque sus integrantes pertenecían a la misma clase y ocupaban alternativamente puestos en la Academia, en las empresas y en la administración del Estado. La alta nobleza, tanto como la baja y la burguesía en ascenso, hicieron de los viajes científicos (y de negocios) una forma de vida. Las maneras del viajar de estos científicos, los mundos con los que entra-

ron en contacto y los textos que produjeron tienen la marca de la expansión colonial europea, sobre territorios que harían suyos desde el punto de vista material y simbólico.

La ocupación territorial estuvo acompañada por el gran desarrollo alcanzado por las Ciencias Naturales, que incluían a la naturaleza y también al ser humano en términos de raza: la Antropología era entendida como específicamente biológica. Esta “naturalización” de la cultura fue abordada con una metodología científica positivista, fundada en la observación, que transformó a los “otros” culturales en expresiones numéricas cuantificables. Así, la antropología francesa del siglo XIX, fundada en la tradición buffoniana, se concibió, con palabras de Jean Charles Chenu, como “*la historia especial del hombre y principalmente las de las variaciones y las de numerosas razas que representa*” (Kremer-Marietti, 1989: 285).

La Sociedad de Antropología de París, a la que pertenecían los expedicionarios franceses, amplió el programa de la Sociedad Etnológica a la que sucedió. “*La nueva Sociedad aumentaba súbitamente el programa de la etnología, agrupando, alrededor del estudio de las razas humanas, las ciencias médicas, la anatomía comparada y la zoología, la arqueología prehistórica, la paleontología, la lingüística y la historia, designando finalmente bajo el nombre de antropología la ciencia cuyo dominio así había quedado ampliado*” (op.cit.: 297). Así se expresaba Paul Broca, su fundador y director, quien fue, además, maestro de varios integrantes de la expedición. Esta nueva antropología incluiría el estudio del derecho y los sistemas musicales, así como el estudio de la lingüística comparada y la lingüística antropológica.

Algunos antropólogos derivaron de una antropología física a una antropología moral, en la medida en que el estudio físico del *homo sapiens* suponía correlaciones y desembocaba en conclusiones morales o psicológicas. La antropología física llegó a la antropología moral por la intermediación de una ciencia positiva fallida: la frenología, cuya doctrina fue resumida por Broussais ya en 1836¹, que convirtió la relación arbitraria entre el cerebro como signifiante y el carácter como significado, en una relación de proximidad natural, de donde ya no se estaba hablando de signos, sino de indicios.

El estudio de las características corporales u orgánicas sentarían las bases de la “objetividad”, a través de la cual sería posible alcanzar el “alma”. A la observación, la clasificación y la medición, se sumaron –en esta “Ciencia del Hombre” que se pretendió exhaustiva– las cuestiones de la lengua, la cultura, las costumbres, donde el ser humano era el objeto productor y regulador de un mundo que le pertenecía. De esta manera, la antropología francesa excluyó expresamente toda posición especulativa.

¹ “1. Todo conocimiento del cuerpo y de los fenómenos nos llegan del exterior, por el ministerio de los cinco sentidos. En este punto estamos de acuerdo con el siglo XVIII; 2. Todo instinto y todo sentimiento están en relación con los objetos exteriores y serían confusos, insignificantes, si no estuviesen especializados por las sensaciones; 3. Las nociones de sustancia, causa, efecto, etc. derivan, sin embargo, en su primer origen de los cuerpos, ya que sin ellos los cuerpos estaríamos privados y el número de estas nociones está determinado, por un lado, por el número de los atributos del cuerpo y, por el otro, por el de las facultades de la inteligencia; 4. conocimiento de relaciones que le permiten su organización; 5. El hombre posee en él los gérmenes, mejor dicho los móviles de sus buenas y sus malas acciones: está organizado de manera que la mayoría tiende siempre al perfeccionismo, cuando la inteligencia puede recibir cultura; finalmente, Los límites están expuestos por este triple hecho a los conocimientos o nociones directos y a las nociones y conocimientos indirectos a los que el hombre es susceptible, puesto que no sabría ir más allá. Los progresos de las buenas costumbres están en relación con los de la inteligencia” (Kremer-Marietti, A. 1989: 297).

II EL PROYECTO DE LA MODERNIDAD

Existen dos conceptos de modernidad que hacen énfasis en dos ejes diferentes. El primero es eurocéntrico, provinciano y regional. Al decir de Dussel (2000), la modernidad bajo esta óptica, es una salida de la inmadurez por un esfuerzo de la razón, que abre a la humanidad a un nuevo desarrollo del ser humano. Este proceso se cumpliría en Europa, esencialmente en el siglo XVIII y su espacio y su tiempo son descriptos en la obra de Hegel. Es decir, en este caso el eje es fundamentalmente filosófico: la razón humana como ontológicamente distinta del mundo y de la naturaleza, separación que no está presente en otras culturas y que será “*la base de un conocimiento descorporeizado y descontextualizado*” (Lander 2000), pretendidamente des-subjetivado y universal.

A pesar de entender que, como dice Lévi-Strauss (1989), todos los pueblos son en cierta medida etnocéntricos, lo que los diferencia del etnocentrismo europeo es que éste es, además, universalista-mundialista. En esto consiste el eurocentrismo de la modernidad: en haber confundido la universalidad abstracta con la mundialidad concreta, hegemonizada por Europa como “centro”.

Si nos salimos de una postura eurocéntrica – la que también nosotros, latinoamericanos, hemos internalizado en nuestro paso por la Academia–, la Modernidad puede verse desde otro ángulo, como pilar fundamental del mundo moderno y el descubrimiento de América como un paso a una sola historia mundial. Anteriormente a esta fecha, los sistemas culturales conocidos por Europa coexistían entre sí. En el “centro” de esta historia mundial, se ubicó la Europa Moderna y todas las otras culturas se constituyeron como su “periferia”, es decir secundarias, aisladas y retrasadas. América Latina, por su parte, entró en la modernidad como “la otra cara”, dominada, explotada, encubierta, en “*una praxis irracional de violencia*” (*op.cit.*). En este caso, el eje ya no fue filosófico sino político-geográfico y determinaría las configuraciones del poder mundial en los cinco siglos subsiguientes.

III LA “MISIÓN FRANCESA”

La misión –conocida en la arqueología argentina como “la expedición francesa” y emparentada con la misión sueca² –, encargada por el Ministerio de Instrucción Pública de Francia, estaba constituida por miembros de la nobleza y de la alta burguesía, con inserción académica y científica y enlazaba entre sí a las instituciones más prestigiosas de las Ciencias Naturales de París: el Museo de Historia Natural, la Facultad de Medicina, el Museo del Trocadero y el Servicio de Antropología Métrica de la ciudad de París, en

² Esta expedición se realizó en 1901. Participaron entre otros, Erland Nordenskiöld y Eric von Rosen y también, como en la francesa, Eric Boman, arqueólogo sueco considerado uno de los padres fundadores de la arqueología en la Argentina.

una práctica de control sobre la producción del conocimiento sobre el otro. Los miembros de la misión publicaron, en forma orgánica, un conjunto de doce obras, que incluyen: cartografía, un estudio de los lagos, lingüística comparada, arqueología, geología, fisiología y medicina. Las dedicadas a la antropología, entendida como antropología métrica, están firmadas por el doctor en medicina Arthur Chervin, miembro de la comisión de viajes de la Misión y miembro del Comité de Trabajos Históricos y Científicos del Ministerio de Instrucción Pública de Francia.

En el invierno de 1903, los sabios franceses llegaron al puerto de Buenos Aires. Les esperaba una larga travesía que los llevaría al norte de Chile, Bolivia y el Noroeste argentino³. Arthur Chervin, autor del texto que analizamos, no salió de su gabinete en París, pero fue responsable de trabajar con los materiales antropométricos de la expedición; es decir, el suyo fue un trabajo de laboratorio: procesaron los datos en la metrópoli.

Antropología boliviana es un ejemplo paradigmático del discurso de la Modernidad, cuyo propósito último es someter la vida entera al control absoluto de la Ciencia, bajo la guía segura del conocimiento. Al elevar al hombre al rango de principio ordenador de todas las cosas, se subraya la idea del dominio sobre la Naturaleza mediante la ciencia y la técnica. (Castro Gómez, 2000: 142). Este proyecto político, económico, científico y cultural, que ya llevaba quinientos años de lucha por imponerse⁴, no sólo en los países centrales sino también en los países extraeuropeos, contó entre sus vanguardias con científicos de todas las ramas del saber. Fueron los “sabios”, que se ocupaban de la naturaleza y que tuvieron un rol central, sobre todo en la apropiación geográfica, política y simbólica de espacios que los europeos vieron “vacíos”, o sea, ocupados por pueblos considerados “salvajes”. La división de saberes que operó en la modernidad ubicó a los pueblos no europeos como objeto de las ciencias naturales, con las consecuencias que esto pudiera ocasionar en el momento de interpretar los procesos sociales e históricos desde esta perspectiva.

La expedición francesa se realizó en este contexto. En la introducción a la obra, el propio doctor Chervin define los propósitos: “*hacer el inventario de las riquezas del país*” (Chervin, 1908:V), “*hacer informes bien preparados sobre los animales, las plantas y los minerales*”(op.cit.: VI), “*hacer sondeos y pescas en los lagos Titicaca y Popov, estudiar las cuestiones médicas y fisiológicas, reunir colecciones de anatomía humana, de zoología, de botánica, etc*” (op.cit.: VI), pero todo esto focalizado siempre en “*el Hombre, el producto más interesante del suelo*” (op.cit.: VII). Para ello, se trazó cuidadosamente un plan, que comprendía

³ Además de los jefes de la expedición, el Marqués Créqui de Montfort y E. Senegal de la Granche, participaron de la misma el Dr. Neveu Lemaire, profesor de la Facultad de Medicina de Lyon, Adrian de Mortillet, profesor de la Escuela de Antropología de París, Georges Courty, naturalista del Museo de Historia Natural, Eric Boman, antiguo miembro de la Misión Nordenskiöld, considerado uno de los “padres fundadores” de la arqueología la Argentina y Julien Guillaume, del Servicio Antropométrico de la Prefectura de Policía de París.

⁴ Consideramos como Lander (2000) que la conquista ibérica de América fue el momento “fundante” de dos procesos que marcarán el destino continental: la modernidad y la organización colonial del mundo. (op.cit.).

“con el estudio general del hombre y de las manifestaciones diversas de la civilización del Altiplano boliviano, el de los diferentes reinos de la Naturaleza” (op.cit.: VII). Más adelante, Chervin señala: “Mi objetivo principal era llegar al conocimiento de las razas indígenas de Bolivia” (op.cit.: X). Sin subestimar los trabajos de sus antecesores, Chervin afirma, con un criterio definitivamente positivista: “El fin de una misión no es mostrar conocimientos bibliográficos, sino aportar documentos nuevos: non verba, sed facta” (op.cit.:4), es decir, “no le bastó seguir senderos trillados sino hizo (de esta expedición) una obra creadora” (op.cit.: XXXVI).

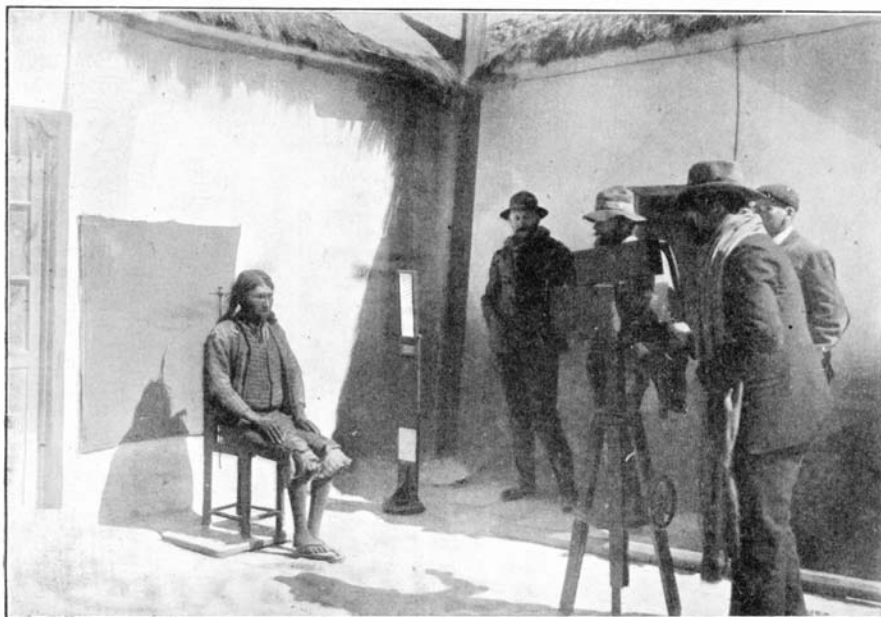


FIGURA 1: SESIÓN DE FOTOS
CON LA SILLA DE BERTILLON EN
EL ALTIPLANO BOLIVIANO

LA PRAXIS MODERNA

La Modernidad se tradujo en un proyecto de alcance universal, con características bien definidas y cuyas consecuencias concretas pueden ser rastreadas en todas las áreas del quehacer cultural. Los científicos franceses que participaron de esa expedición al Altiplano no pudieron sustraerse a las premisas de la Modernidad y a lo que, desde las instituciones del poder, se esperaba de ellos.

En este sentido, y siguiendo la caracterización que hace Lander (2000) de la Modernidad, nos interesa analizar la visión universal de la historia asociada a la idea del progreso a partir de la cual se construye la clasificación y jerarquización de todos los pueblos y continentes y experiencias históricas; la naturalización, tanto de las relaciones sociales como de la naturaleza humana de la sociedad liberal capitalista; la naturalización

u ontologización de las múltiples separaciones propias de esa sociedad y la necesaria superioridad de los saberes que produce esa sociedad (“ciencia”) sobre todo otro saber.

IV

LA VISIÓN UNIVERSAL DE LA HISTORIA ASOCIADA A LA IDEA DEL PROGRESO

La civilización moderna se comprende a sí misma como evolucionada, superior, lo que significará sostener sin conciencia una posición ideológicamente eurocéntrica. En este sentido, coincidimos con Lander (2000) en que el neoliberalismo, hijo dilecto de la modernidad, no debe ser “*debatido y confrontado –solamente–“(…) como una teoría económica, cuando en realidad debe ser comprendido como el discurso hegemónico de un modelo civilizatorio, esto es, como una extraordinaria síntesis de los supuestos y valores básicos de la sociedad liberal moderna en torno al ser humano, la riqueza, la naturaleza, la historia, el conocimiento, el progreso y la buena vida”* (op.cit.: 11). El eurocentrismo se traduce en la clasificación y jerarquización de pueblos, razas, continentes y experiencias históricas y en la modelización de la sociedad liberal, moderna, desarrollada, racional –la europea–, como el fin deseable –y único posible– al que deben tender necesariamente todas las demás. Esta imagen ideológica y hegemónica, sustentada y expandida por la clase dominante, es la que Wallerstein llama la “*geo-cultura del sistema-mundo*”, es decir, el componente del imaginario del mundo moderno/colonial que se extiende, en nombre de la misión civilizadora, al mundo no europeo (Mignolo 2000). En *Antropología Boliviana*, esto se evidencia en los modos de significar, por parte de los científicos franceses, a Bolivia: “*parece querer entrar en una era nueva de desarrollo económico, sus industrias se desarrollan y sus riquezas, antaño inexploradas, atraen cada vez más a los capitales extranjeros*” (Chervin 1908: XIV). El desarrollo es, antes que nada, económico, pero, al mismo tiempo, no es autosuficiente: depende de los capitales extranjeros. Ahora bien, “*se espera que los hombres de Estado bolivianos comprendan que es del interés económico de su país ubicar en primera línea el relevamiento del nivel moral de los indígenas y los mestizos*” (op.cit.: XIV). Es decir, el desarrollo económico –y por lo tanto integral– del país depende de lo que estos europeos llaman el “nivel moral” de sus habitantes. La nueva etapa de progreso apenas está por empezar: constatan, con sorpresa, que el primer censo oficial en Bolivia se hizo en 1900, pero, dado que se trata de “*un país donde la administración presenta lagunas bastante considerables*” (op.cit.: 235), es preciso complementarlo con un relevamiento hecho por ellos mismos.

Por otra parte, como se trata de un país nuevo, “*una muy pequeña parte del suelo está puesta en valor y en consecuencia, no falta lugar para los inmigrantes*” (op.cit.: 260), esto es, para aquellos que vienen a ocupar un territorio que se considera jurídicamente vacío y cuyo derecho individual –entendido, a partir de Locke, esencialmente como derecho de propiedad privada– se afirma por sobre el derecho colectivo del colonizado. Y es que el derecho de propiedad se extiende a las cosas en cuanto es resultado de la propia dis-

posición del individuo no sólo sobre sí mismo, sino sobre la naturaleza, en tanto ocupe el territorio y lo trabaje.

El discurso propietario da origen a la concepción constitucional (Clavero, 1994), desde cuya perspectiva los indígenas no reúnen las condiciones para tener derecho alguno, ni privado ni público. En este sentido, es paradigmática *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, para quien las tribus nativas de América no tienen, por su particular estado de sociedad, por un Estado que se juzga primitivo, ni soberano ni república y, por lo tanto, tampoco ningún derecho político. Y es, precisamente, el Estado el que opera como instancia central en el proyecto de la Modernidad, a partir de la cual son dispensados y coordinados los mecanismos de control sobre el mundo natural y social. El Estado es, en definitiva, el garante de la “organización racional” de la vida humana, lo que significa, con palabras de Weber y Blumemberg, el “desencantamiento” y la “desmagicalización” del mundo (Castro Gómez 2000:147). Los indígenas bolivianos se encontraban, al momento de la expedición, en un curioso punto intermedio, entre carecer absolutamente de derechos y el tener, a medias, algunos pocos.

Como tecnología de control, los expedicionarios hicieron un censo. Este habría constatado que “*la mayor parte de la población vive de la agricultura y de pequeñas industrias*” (*op.cit.*: 259), se detiene minuciosamente a relevar “*la distribución, por departamentos, de las veinte profesiones principales y a localizar, por así decirlo, algunas ramas del trabajo*” (*op.cit.*: 261). Las expediciones, además de tener objetivos científicos, tenían claros objetivos económicos. La evaluación de las potenciales riquezas de los territorios que exploraban así lo demuestran. Por otro lado, a partir de la Revolución Industrial, un conjunto de nuevos actores sociales había irrumpido en Europa: el proletariado hacía su aparición en los países capitalistas, conformando el *homo economicus*, aquel trabajador/a libre que vendería su fuerza de trabajo. En consecuencia, las gentes del altiplano debían analizarse como potencial mano de obra.

La superioridad de la moral universal de la modernidad obligó a los países centrales a poner a los Otros, los “primitivos”, “rudos” y “salvajes”, en la vía del progreso, pero, mientras tanto, desarrolló entre los europeos la percepción de que el trabajo pagado era privilegio de los blancos y en consecuencia, la inferioridad racial de los colonizados implicaba que no eran dignos del pago de salario (actitud extendida hoy entre muchos terratenientes de cualquier lugar del mundo) (Quijano 2000:207/8). Como afirma Carvalho (2000:16) los textos imperiales necesariamente tienen que incluir la “*devaluación del ser*” de la periferia, porque no han alcanzado la meta fijada por la sociedad moderna por lo que carecen de soberanía y autonomía.

La clasificación de espacios y gentes fue un objetivo de la Misión. Para ello, el espacio geográfico, entendido como “espacio natural” por los científicos franceses, fue sometido a un proceso de reticulación cartográfica. La geografía fue la disciplina encargada de operar sobre el paisaje natural y cultural, clasificando y jerarquizando, mientras la antropología física diseñó taxonomías a partir de categorías raciales. Los mapas levantados del altiplano fueron una estrategia de apropiación del espacio, ya que fueron considerados como instrumentos del saber-poder y las encuestas entre los habitantes, como las realizadas por la expedición, tuvieron siempre objetivos administrativos, fiscales y

políticos. Siguiendo a Foucault (1994), podemos decir que *“los administradores fueron los ojos del imperio, mientras que los sabios fueron los ojos del capitalismo”*. Estos trabajos geográficos, en el contexto de la consolidación del proyecto de estado-nación, tanto de Bolivia como de Argentina y Chile, tienen trascendencia más allá de la disciplina, porque la geografía se desarrolló a la sombra del ejército, como puede observarse en el tráfico de nociones tales como región (militar), campo, desplazamiento. *“El explorador, antes que nada geógrafo, se vuelve zoólogo, botánico o geólogo”* (Chervin 1908:V).

V

LA NATURALIZACIÓN DE LAS RELACIONES SOCIALES

El proceso de naturalización de las relaciones sociales y de la naturaleza humana acepta la idea de que las relaciones sociales características de las sociedades neoliberales son la expresión de las tendencias espontáneas, naturales, del desarrollo histórico de la sociedad. La sociedad industrial liberal –como antes la sociedad colonial– se constituyó así en el modelo social deseable y en el único posible.

“Para las generaciones de campesinos que durante los siglos XVIII y XIX vivieron en carne propia las extraordinarias y traumáticas transformaciones: expulsión de la tierra y del acceso a los recursos naturales, la ruptura con las formas anteriores de vida y de sustento –condición necesaria para la creación de la fuerza de trabajo “libre”–, y la imposición de la disciplina de trabajo fabril, este proceso fue todo menos natural” (Lander 2000:20)

Este proceso tuvo, al mismo tiempo, una dimensión imperial de conquista y/o sometimiento de otros continentes y territorios por parte de las potencias europeas. La profunda transformación de las formas sociales que ya habían sufrido grandes sectores poblacionales en Europa, antaño rurales y sujetos a la tierra y luego urbanizados y devenidos en masas obreras, se impuso en los países neocolonizados, tarea para la cual el aporte de estas expediciones científicas fue de un valor inestimable. Ciertamente, este proyecto implicó soslayar, menospreciar o aún ignorar las representaciones sociales y simbólicas de las regiones periféricas, puesto que el etnocentrismo no les permitió advertir que la diversidad cultural es fruto de diferentes procesos históricos.

El proceso de naturalización conlleva uno de negación de la historia. Esto es así, porque, a criterio de la Modernidad, la única historia posible es el trazo unidireccional que va del salvajismo (es decir, de la Naturaleza) a la civilización, entendida ésta como el modelo liberal. Las comunidades indígenas analizadas por los franceses, puesto que no habían entrado aún en ese camino, permanecían entonces en un estadio natural, a-histórico.

En el texto que analizamos, la historia política boliviana, en la coyuntura en que se da la expedición, sólo aparece una vez: cuando se relata un sangriento enfrentamiento entre las tropas presidenciales y un grupo de indios rebeldes, quienes, *“una vez llenos de alcohol y de coca, se precipitaron con gritos de fieras a la Iglesia y comenzó la matanza”*

(Chervin 1908:XXX). Este suceso nos permitió explicar por qué un buen número de indios fotografiados en el texto estaban rapados —estigmatizados— y otros no: los primeros purgaban en la cárcel de La Paz su condena por haber asesinado a ciento veinte de aquellos soldados. Por otra parte, no podemos menos que observar la asociación metonímica fiero- indio- criminal- cárcel.

VI

ONTOLOGIZACIÓN DE MÚLTIPLES SEPARACIONES

Dentro del campo de una arqueología del saber, puede verse, a lo largo de la historia de la cultura occidental, una serie de separaciones sucesivas en el mundo de lo real sobre las cuales se conforman los modos en que se va construyendo el conocimiento. La primera separación, de raigambre judeo-cristiana, fue de orden religioso y separó a Dios del Hombre y de la Naturaleza. A partir de la Ilustración y con el desarrollo de la ciencia moderna, se produjo otra ruptura ontológica: entre cuerpo y mente y entre razón y mundo. De esta manera, el mundo se convirtió en un mecanismo des-espiritualizado, vacío de significado y la mente se subjetivizó radicalmente en una posición externa al cuerpo y al mundo. Así, la Modernidad llegó a concebir el cosmos como una máquina que puede ser captada sólo por los conceptos y representaciones construidos por la razón.

En la autoconciencia europea de la modernidad, estas sucesivas separaciones se articulan con aquélla que sirve de fundamento al contraste esencial que se establece, a partir de la conformación colonial del mundo, entre lo occidental y lo europeo (concebido como lo “moderno”, lo “avanzado”) y los “Otros”, el resto de los pueblos y culturas del planeta (Lander 2000:16). Crear estos perfiles de subjetividad en la construcción del Otro, entendida no sólo como el modo en que un cierto grupo se representa subjetivamente a Otros, sino más bien cómo los dispositivos de saber/poder, a partir de esas representaciones, son construidas.

En *Antropología Boliviana*, la distancia entre europeos e indígenas queda marcada de forma clara. Si los primeros se denominan a sí mismos como “los sabios”, que prestan “servicios científicos” (Chervin, 1908:V), propios de “especialistas probados” (op.cit.: VI), los indígenas, por su parte, “tienen una idea muy exacta del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto(...) y tienen un gran apego a sus familias” (op.cit.: XIV); sin embargo, “el indio y la india son actualmente tan sucios” (op.cit.: 55) y “el alcoholismo embrutece estas poblaciones y los pone en un nivel de inferioridad que paraliza todo progreso social” (op.cit.: XIII). Un discreto reconocimiento del valor de las culturas precolombinas se pone en contraste con la imagen que los europeos tienen, en ese momento, del indígena: “Los indios estaban, en tiempos de la Conquista, por así decir civilizados y no habían caído todavía en su estado actual” (op.cit.: 55). En una vida tan estrechamente ligada a la Naturaleza, “el instinto parece dominar en él (...) Es de observación corriente que la vida en alturas elevadas conduce naturalmente a hábitos de una existencia apática” (op.cit.: XVI). Son “primitivos” incluso desde el

punto de vista religioso: “El indio es católico y venera los santos...pero veneran el suelo, la tierra y ciertos animales (...), esto mezclado con antiguas prácticas paganas, que les vienen de sus ancestros” (op.cit.: 203/4). De ahí que educarlos sea una obligación moral de los civilizados blancos: “Pedro (se refiere a un indígena que entró al servicio del agente consular de Francia como doméstico, a quien acompañó en su retorno a Europa) es un espécimen acabado de todas las cualidades que presentan estas fuertes razas indígenas cuando saben permanecer sobrias y cuando encuentran un medio donde la bondad y la humanidad son (...) la regla inflexible de conducta frente a estos niños grandes que son los indígenas de América” (op.cit.: 334). Como individuo de una especie –categoría de las ciencias naturales– este indio es un niño – categoría que irrumpe en el discurso colonial de los tiempos del “descubrimiento de América”–. En este sentido, consideran que, además, “tienen cualidades muy serias de agricultores que hay que desarrollar” (op.cit.: XIII).

El colonizado aparece así como “lo otro de la razón”, lo cual justifica el ejercicio de un poder disciplinario por parte del colonizador. La maldad, la barbarie y la incontinencia son marcas “identitarias” del colonizado, mientras que la bondad, la civilización y la racionalidad son propias del colonizador. Ambas identidades se encuentran en relación de exterioridad y se excluyen mutuamente (Castro Gómez 2000:153).

También los mestizos difieren –en un sentido ventajoso– de los indios: “representan por sobre los indígenas un elemento de progreso”, si bien “tienen demasiada tendencia a acumular los vicios de sus progenitores y a olvidar sus cualidades” (op.cit.: XIII). Sin embargo, los europeos observan que “se eleva una suerte de aristocracia mestiza” (op.cit.:XIII), en la cual aparece “la originalidad nacional toda entera” (op.cit.: XVIII). Por lo tanto, “constatan con placer el aumento del número de mestizos” (op.cit.: 34), porque, si bien físicamente “el mestizo es en general menos vigoroso y menos resistente que el indio (...), en inteligencia es muy superior” (op.cit.: 56).

Esta relación desigual es una relación de dominación entre blancos e indígenas y produce víctimas de muy variadas maneras. La violencia ejercida por el colonizador es interpretada casi como un ritual de sacrificio, donde el europeo hace el papel de héroe civilizador y los pueblos indígenas, el de holocaustos inevitables de una ofrenda salvadora, expiando así la “culpa” de oponerse al proceso de desarrollo, “culpa” de la cual la Modernidad “emancipa” a sus propias víctimas.

El discurso de los europeos, tal como se presenta en *Antropología boliviana*, es un discurso fuertemente ideologizado, en el sentido que Olivier Reboul (1986) le da al término, un discurso que enmascara los hechos que lo contradicen, ocultándose tras una fachada de “ciencia”, “buen sentido” y “moral”; que usa argumentos de racionalidad, pero que se distingue por estar siempre al servicio del poder y por tener como función esencial la de justificar su ejercicio y legitimar su existencia. Es precisamente el discurso ideologizado el que transforma la posesión en propiedad, la dominación de hecho en autoridad de derecho, asegurando la obediencia permanente del oprimido. Los expedicionarios franceses afirman la autoridad irrefutable que les da su carácter de científicos: “Estudí el problema como antropólogo y como estadista minucioso, antes que nada, para no dejar nada librado a la interpretación facilista de las hipótesis” (Chervin, 1908:XXXII), y valoran su tarea con convicción: “Jamás, hasta aquí, se había obtenido una precisión tan

grande” (op.cit.: XXXVIII), puesto que se utiliza “la antropometría más severa y los métodos científicos más rigurosos” (op.cit.: 3). El hombre blanco es modelo y parámetro de todos los demás: “Todos los caracteres antropométricos han sido descriptos tomando como base el tipo medio de los franceses tal como ha sido fijado por el señor Bertillon” (op.cit.: 336), y por ello, debe hacerse cargo de su misión “salvadora”: “Hay un gran problema social a examinar, cuya solución importa orientar lo mejor posible, para el mayor bien de la humanidad” (op.cit.: 54).

Por ello, coincidimos con Dussel (2000: 49): “Negar la inocencia de la “Modernidad” y afirmar la Alteridad del “Otro”, negado antes como víctima culpable, permite “des-cubrir” por primera vez la “otra-cara” oculta y esencial de la “Modernidad”: el mundo periférico colonial, el indio sacrificado, el negro esclavizado, la mujer oprimida, el niño y la cultura popular alienados, etcétera (las “víctimas” de la “Modernidad” como víctimas de un acto irracional, en contradicción con el ideal racional de la misma Modernidad)”

VII

LA NECESARIA SUPERIORIDAD DE LOS SABERES

De la constitución histórica de las disciplinas científicas que se produce en la academia occidental (Lander, 2000) se destacan dos temas fundantes. El primero, es la premisa de la existencia de un metarrelato universal, que lleva a todas las culturas y a los pueblos desde lo primitivo hasta lo moderno. El segundo, y precisamente por el carácter universal de la experiencia histórica europea, es el de las formas del conocimiento desarrolladas para la comprensión de esa sociedad, que se convierten en las únicas formas válidas, objetivas, universales del conocimiento. Las categorías, conceptos y perspectivas del quehacer científico europeo se convierten así no sólo en categorías universales para el análisis de cualquier realidad cultural o histórica, sino también en proposiciones normativas que definen los modos de generar conocimiento para todos los pueblos.

La capacidad de producir un discurso sobre la naturaleza y el mundo quedó en manos de los científicos de las metrópolis. Los saberes de los pueblos etnográficos fueron degradados por irracionales, prelógicos y a-históricos y la visión que de esas culturas quedó en los textos etnográficos fue estática y sincrónica. La cuestión de la mirada de los nativos americanos sobre el mundo no fue puesta en discusión pues quedó implícito en la teoría que esta mirada nativa sobre sí mismo y su entorno era una mirada natural, inmediata, directa e irreflexiva. Se partía del presupuesto de que la hermenéutica primitiva era limitada, mientras que el teórico europeo presentaba su propio horizonte interpretativo como un racional movimiento de expansión infinita.

El carácter fuertemente positivista de las ciencias europeas a comienzos del siglo XX explica la insistencia de Chervin (1908) en valorar los métodos y técnicas de la Misión como insuperables: “(la Misión) ha abordado este difícil problema bajo todos los aspectos a la luz de la antropometría más severa y de los métodos científicos más rigurosos”

(*op.cit.*:3). Por eso, prescribe: “Antes de saber lo que se informará, se debe fijar de una manera muy precisa el método a emplear y esforzarse en darle un rigor científico tal que los más exigentes se declaren satisfechos” (*op.cit.*:285). Además, Chervin le asigna, en más de una oportunidad, un carácter matemático a los métodos antropológicos empleados por la Misión: “La antropometría debe ser manejada como una operación matemática o hay que renunciar a ella” (*op.cit.*: XXVII) y más adelante: “un método de medición fotográfica craneana, matemáticamente exacta” (*op.cit.*:XXXVI).

El quehacer científico de la Modernidad estaba altamente especializado; al decir de Habermas, “cada dominio de la cultura correspondía a profesiones culturales, que enfocaban los problemas con perspectiva de especialistas (...). Como resultado, crece la distancia entre la cultura de los expertos y la de un público más amplio” (Habermas 1989:137).

VIII EL CORPUS FOTOGRÁFICO

La fotografía a fines del siglo XIX y comienzos del XX

Ya desde su invención, uno de los objetos favoritos de la fotografía fue el cuerpo humano. No sólo por el interés que cada persona despierta en su prójimo, sino sobre todo como prueba visible de las diferencias, las patologías y las tendencias criminales. El cuerpo fue considerado entonces como el signo universal de lo que sucede en el alma; de todo aquello que permanece velado, tanto en los individuos como en el cuerpo social. Al mismo tiempo, el temor a la violación del Yo y de su secreto engendra el fantástico deseo del desciframiento de la personalidad que se oculta y de la intromisión en la intimidad del otro (Corbin y Perrot, 1991).

Este uso de la fotografía, más próximo a la ciencia que al arte, tiene tres vertientes (Frizot, 1998):

- a) En la medicina, particularmente en psiquiatría: la entrada oficial de la fotografía en el servicio hospitalario francés data de 1878, con la creación del servicio fotográfico en la Salpêtrière por Charcot. Como registro médico auxiliar, la fotografía permitió que los casos patológicos más raros y monstruosos fueran exhibidos, lo cual, en realidad, no sirvió tanto para el progreso científico como para alimentar las colecciones de curiosidades. Igual que para las fotos etnográficas, este registro no aportó tanto al sujeto fotografiado cuanto al científico, en la medida en que era esencialmente coercitivo. Esta práctica apuntó a la definición de un tipo, es decir, un parámetro que reuniera todas las características de una clase, buscando detectar el estado mental mediante la reducción de las características fisiológicas y de la conducta.
- b) El máximo intento positivista de relacionar los aspectos físicos con los psicológicos está dado por la antropología criminológica, que hunde sus raíces en la antropología física y reúne, en un solo análisis, aspectos físicos y psicológicos, partiendo de la premisa de la subordinación de los segundos a los primeros. A lo largo del siglo XIX, la

justicia francesa había dependido de los psiquiatras para trazar el límite entre vicio y enfermedad. En la década de 1880, la cuestión de la responsabilidad fue dejada de lado y, sobre la base de los presupuestos sentados por la antropología, se concluyó que la naturaleza de los individuos era quien los inducía a cometer actos delictivos o peligrosos, con lo cual la cuestión del libre arbitrio desapareció de la discusión. Las connotaciones obvias de la fotografía como evidencia, prueba y soporte de información visual no podían menos que llamar la atención de las instituciones policiales y judiciales. El primer servicio fotográfico policial de Francia fue creado en 1872. En 1882, el servicio de identificación de la Prefectura de París, bajo la dirección de Alphonse Bertillon, médico de profesión, comenzó a usar la descripción antropométrica (quince medidas por individuo que daban veinticinco combinaciones antropométricas), que se sumó al registro fotográfico. En este ámbito, el uso de la fotografía tuvo dos propósitos específicos: por un lado, la identificación del delincuente en todos sus aspectos psicofísicos, particularmente del reincidente; por el otro, la descripción del tipo criminal. Con este último fin, se desarrolló la sobreimpresión como recurso fotográfico destinado a la identificación de los rasgos comunes por sustracción de las características individuales. El *Bertillonage System* consistía en una conjunción metodológica que articulaba antropometría con fotografía métrica, para lo cual Bertillon creó la “silla” que lleva su nombre. Este aparejo, donde absolutamente todas las medidas y distancias (punto de apoyo de la cabeza alineado con el ángulo del ojo, mirada del fotografiado fija en el espejo ubicado sobre la lente de la cámara, etc.) están severa y cuidadosamente reglamentadas, permitió desarrollar un sistema de orientación uniforme que posibilitó, “por primera vez”, un estudio científico de los individuos y de las razas y, sobre todo, su comparación. Las mediciones y las foto-

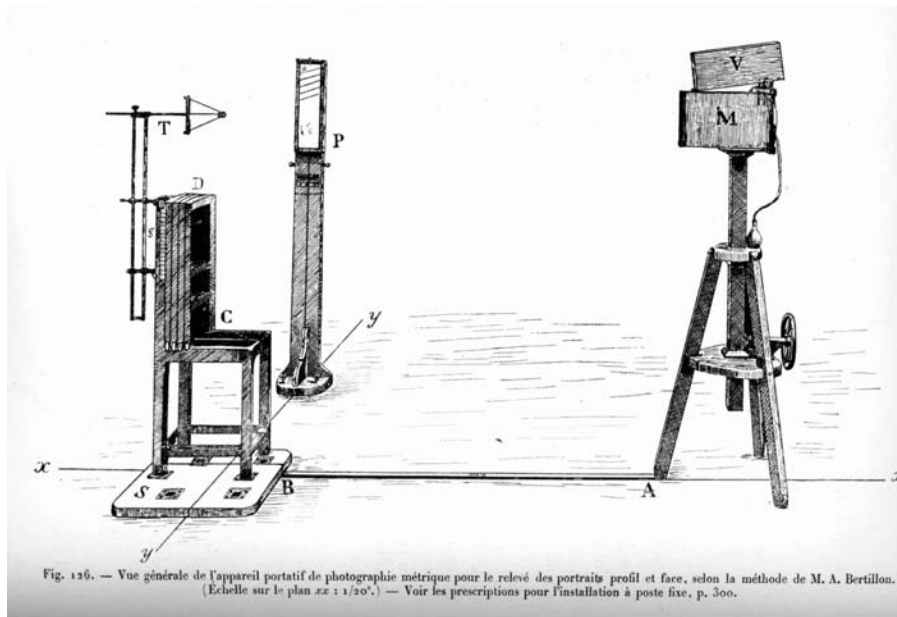


FIGURA 2: LA SILLA DISEÑADA POR EL DOCTOR BERTILLON. OBSÉRVESE QUE LAS DISTANCIAS ENTRE LOS ELEMENTOS DEBEN SER PRECISAS.

grafías obtenidas, sumadas a las fichas antropométricas, fueron utilizadas por la policía francesa para la identificación de criminales y para emitir carnets de identificación antropométricos. Estas fichas forman parte de las exigencias administrativas de un conglomerado urbano como el París decimonónico, en donde el aumento de la criminalidad hacía indispensable el control de los ciudadanos.

- c) Finalmente es en registro etnográfico donde los viajeros y etnógrafos de la época aprovecharon el medio fotográfico como un método científico para describir y explicar la diversidad de las razas humanas y su relación con las diferencias culturales. Se anotaba, se investigaba, se registraba, se describía y se fotografiaba. A tal fin, las sociedades científicas habían publicado una serie de consejos a seguir para producir textos descriptivos de valor científico. La práctica antropométrica genera un nuevo campo profesional, cuyo especialista es un *profesional des mensurations*. Ambos instrumentos de identificación criminal, la silla de Bertillon y la ficha antropométrica, fueron adoptados y adaptados a los propósitos de la expedición francesa. Cabe señalar que, en Francia, la suma de antropometría, fotografías y datos personales dio como resultado la identidad personal, en tanto que en América, una ecuación similar, esto es, antropometría, fotografías y gentilicios (ya no datos personales, que carecían por completo de valor a los ojos de los científicos) resultó en la pertenencia racial. El retrato etnográfico, en este caso, fue una imagen de “otro” para la ciencia; completamente distinto al retrato fotográfico burgués, tan en boga en la época, que fue una imagen de sí para “los otros como uno”.

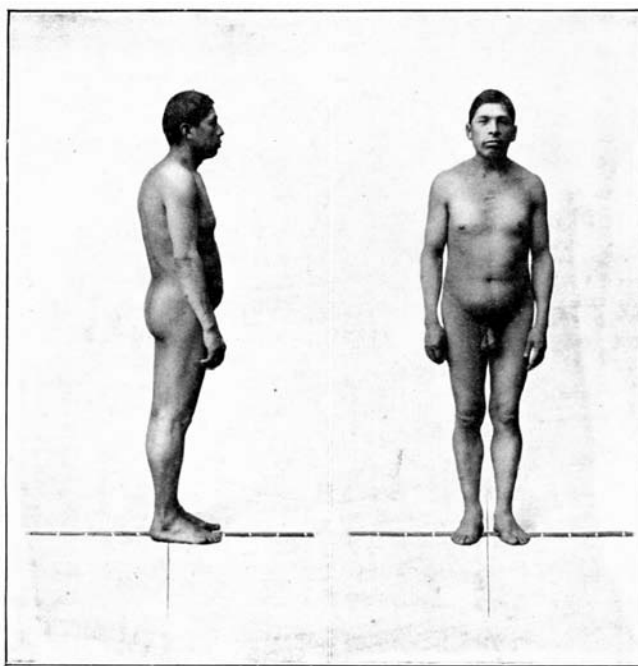


Fig. 141. — Photographie du n° 135 (Quéchuas de Cochabamba), réduction au 1/20°. Distance du point de vue : 5 mètres. Hauteur de l'objectif : 1 m. 50.

FIGURA 3: EL PIE DE FOTO ORIGINAL INDICA: “FOTOGRAFIA DEL N° 135 (QUICHUA DE COCHABAMBA)”. EN LA MAYORÍA DE LOS CASOS, LAS PERSONAS FOTOGRAFIADAS ERAN DENOMINADAS SÓLO CON UN NÚMERO O EL LUGAR DE PROCEDENCIA.

Las marcas de coherencia en el nivel de expresión

Las fotos, tomadas en placas de vidrio, están editadas con tres firmas: en el ángulo inferior izquierdo, la del fotógrafo; en el ángulo superior izquierdo, la del propietario del cliché; y, en el ángulo inferior derecho, la del fotograbador. Esto convierte a la fotografía en cuestión en un objeto cultural altamente calificado. Al tratarse de fotografías utilizadas en un contexto científico positivista, la normativa era muy rigurosa: los fondos eran neutros, lo cual dejaba a las figuras cuidadosamente recortadas, quitando expresividad y contextualización. En algunos casos, se colocó detrás de la persona a fotografiar un lienzo blanco o, en las fotos de estudio, un paisaje pintado en tela. El sujeto se ubicó en el centro de la foto, que se componía respetando estrictamente la simetría vertical, con lo cual se ignoró un principio elemental de la percepción visual, ya conocido en la época, que indica la conveniencia de colocar el objeto de la fotografía ligeramente desplazado hacia el cuarto superior derecho, lo cual presta a la composición un equilibrio dinámico. Si se trataba de más de un sujeto, se los ubicaba sobre un mismo plano, severamente marcado. No se observa mayor interés por indicar profundidad ni tomar una perspectiva, menos todavía por dejar un espacio entre el perfil y el borde de la foto, es decir, por “dar aire a la mirada”. El sujeto, que se fotografiaba siempre a dos metros de distancia, ocupaba prácticamente la totalidad de la imagen.

Unas pocas fotos están tomadas en estudio; se trata de escenografías cuidadosamente armadas en interiores, donde el sujeto, por ejemplo, apoya “distraídamente” una mano sobre el respaldo de una silla de salón de estilo francés, sobre una balaustrada, o está de pie sobre una alfombra cuya factura nada tiene de indígena.

FIGURA 4: DOÑA GUILLERMA,
UNA RICA MESTIZA DEL POTOSÍ.
SU FORTUNA Y SU CONDICIÓN DE
MESTIZA LA HACEN ACREEDORA A
UN NOMBRE PROPIO.



Fig. 35. — Doña Guillerma, riche mestisse quichua de Potosí.

capitaine des jeunes filles du pays. Les deux représentations ont été faites en des occasions, avec des dispositions différentes. En une des scènes pour le même genre. On remarque que le jour de la scène se fait au devant et sans le coup de main. Chacun de nous, du pays, les scènes produites sur les scènes en deux temps. — Le visage représente bien le type quichua.

FIGURA 5: CORONEL INDIO
LUCIANO VILES



Fig. 113. — Colonel indien, Luciano Vilca.

Muchas fotografías operan como portaobjetos en un doble sentido: por una parte, la imagen se comporta como el vidriecillo que se coloca bajo la lente del microscopio, a fin de observar minuciosamente al ente vivo allí colocado, extraído de su medio y desprovisto de todo contexto posible; en otro sentido, el sujeto fotografiado es portaobjeto de objetos etnográficos (que en realidad son los que concitan la atención): bolsas de coca, flechas, arcos, tembetás, etc.



Fig. 78. — « Yano », Indien naturo à la pierre. Mission San Antonio (Grand Chaco Bolivien).
(Voir sur les cartes, p. 83 et 109, la position géographique de la Mission S. Antonio;
notamment du parallèle 21 sur la rive droite du Pilcomayo.)



Fig. 79. — Météo à la chasse. Photographié en Fortin Macillo (Grand Chaco Bolivien).

FIGURAS 6 Y 7: LA FOTOGRAFÍA OBRA COMO PORTAOBJETOS DE UN MICROSCOPIO, PERO, ADEMÁS, EL INDÍGENA FOTOGRAFIADO ES EL "PORTA-OBJETO" DEL FOCO DE INTERÉS, EN ESTE CASO, EL ARCO Y LAS FLECHAS O LA LANZA.

Formaba parte de las reglas preestablecidas el solicitar al sujeto que no sonriera, ni se moviera, ni pestañeara: es decir, el rostro no debía expresar absolutamente nada, a fin de posibilitar la ulterior comparación antropométrica. Las fotografías resultan entonces de una remarcable rigidez.

Hay un subconjunto de fotografías que se destacan entre todas: son las que los propios expedicionarios denominan *pittoresques*, "pintorescas", fotos a la usanza de "la gente del mundo", es decir aquellas ejecutadas en condiciones que no permitirían un uso científico, con énfasis en el punto de vista estético y de la curiosidad. En ese sentido, el propio Chervin afirmaba que "una fotografía no métrica es como una carta geográfica en donde se ignora la escala" (Chervin 1908:XXII).

Muchas fotos están retocadas para destacar rasgos fisonómicos, particularmente en ampliaciones de fragmentos, acentuando las diferencias somáticas con los blancos. A algunas otras se les suprimió el fondo, quedando los personajes casi flotando en el vacío.

La técnica de la fotografía métrica también sirvió para estudiar cráneos arqueológicos recogidos por la expedición. Con el mismo criterio metodológico de que servirían para ser comparados, se perfeccionó un aparato que permitía fotografíarlos en escala comparable. El tercer volumen de *Antropología Boliviana* está dedicado a la antropometría de 500 piezas anatómicas, entre cráneos y esqueletos, de origen prehispánico. Camper, en el siglo XIX, justifica y describe la craneometría y fija la escala en base al



FIGURA 8: GRUPO DE MUJERES EN POTOSÍ. OBSÉRVESE EL INTERÉS PUESTO POR EL FOTÓGRAFO EN LOS SOMBREROS.

ángulo facial: “las cabezas de los pájaros ofrecen el ángulo más pequeño (...) en uno de los monos más parecidos al hombre el ángulo es de 50% (...) inmediatamente después viene la cabeza del negro africano; al igual que la del calmuco presenta un ángulo de 70%. Finalmente en la cabeza de los hombres de Europa el ángulo es de 80%. De esta diferencia de 10% depende la belleza mayor del europeo” (Kremer-Marietti, 1989). Los indígenas del altiplano estaban lejos de este coeficiente: lejos de la civilización, cerca del salvajismo y la barbarie, presentados en un paisaje natural, sin connotaciones culturales.



FIGURA 9: EL AUTOR DE ANTROPOLOGÍA BOLIVIANA COMO EJEMPLO DEL MÉTODO DE BERTILLON

Fig. 127. — Spécimen de portrait métrique profil et face obtenu avec l'appareil spécial.
Réduction photographique : $1/7^e$ — Point de vue : 2 mètres.

Los retratos de los franceses que aparecen en *Antropología boliviana* son modelos de su propio método, y están tomadas de acuerdo a todas las normativas antropométricas.

Las isotopías textuales

La actitud etnocéntrica, en el caso de los expedicionarios, se hace del todo evidente en las fotografías y en las notas al pie que las acompañan: con frecuencia, las personas retratadas son denominadas con un número (*Fig.141.- Fotografía del número 135 (quechua de Cochabamba)*), *reducción 1/20* - Chervin, 1908:323), por su procedencia étnico-geográfica (*Mujer quechua del valle del río Huanchaca* - *op.cit.:222*) o por su oficio (*Aguatero. La Paz. Vista de tres cuartos* - *op.cit.:25*). En muy raras ocasiones se los llama por un nombre propio y esto, sólo cuando se trata de personas –generalmente mestizas– de alguna relevancia social o de cierto nivel económico (*Doña Guillerma, rica mestiza quechua de Potosí* - *op.cit.:60*). Tal parece que los indígenas no tuvieran historia; sí forman parte de la “historia natural”; es decir, la evolución social se inscribe como un elemento más del devenir de la naturaleza, en marcha hacia la civilización –en un camino que se pretende unilineal–, pero aún muy lejos de ella.

A nivel de expresión encontramos en el corpus fotográfico rasgos comunes que constituyen las marcas de coherencia textual; a nivel de significación profunda inferimos temas que, en su reiteración, configuran las isotopías fundamentales del texto icónico. En primer lugar, los sujetos son abordados como “individuos” o “especímenes”, no sólo en los pies de foto, sino en el tratamiento de la imagen: la inexpresividad y la rigidez antes mencionadas, además de apuntar a una futura comparación antropométrica en el laboratorio, están marcando algo más: se trata de individuos desprovistos de sentimientos, de personalidad, de cualidades morales, de historia de vida, individual, familiar o social. No hubieran abundado menos estas características si se hubieran fotografiado animales o plantas, dado el fuerte énfasis naturalista de la descripción. Resulta, de hecho, altamente significativo el que, como dijimos antes, muy pocos pies de foto dan cuenta de los nombres propios, y sólo como significantes de un cierto nivel social. El resto, remite constantemente a una pertenencia geográfica o étnica.

La condición de subalternidad es la condición del silencio. El subalterno carece necesariamente de un representante por su propia condición de silenciado. En el momento en que el subalterno se entrega a las mediaciones de representación de su condición, se torna un objeto en las manos de su apoderado en el circuito económico y de poder y con eso no se subjetiva plenamente. En el capitalismo, el individuo que no controla los medios de producción es representado, no en tanto sujeto, sino en tanto un valor de cambio. Paradójicamente, su legitimidad pasa a ser dada por otra persona, que toma su lugar en el espacio público, esencializándolo como el lugar genérico del Otro del poder (Carvalho, 2000:10). Esa violencia ejercida sobre el subalterno, sea física o simbólica, está plenamente justificada en la medida en que el “bárbaro” se opone al proceso civilizador de la praxis moderna. Se trata de una guerra colonial “justa”.

En la mayoría de los casos, los indígenas llevan ropas europeas. Este hecho es parte del proceso de mestizaje cultural y del enmascaramiento del individuo, a fin de tornarlo “aceptable” a los ojos europeos. En las poquísimas ocasiones en que se fotografía individuos desnudos se trata, en el caso de los habitantes del altiplano boliviano, de fotos estrictamente antropométricas y siempre de hombres (pese a que se obtuvieron fotografías de mujeres, éstas no fueron publicadas) o de sujetos –pobladores del Chaco boliviano– cuya desnudez es abordada con notable discreción. En el contexto en que la misión desarrolló su investigación, no se cuidó el pudor de los sujetos fotografiados, sino el de los posibles receptores –europeos y blancos.

En el conjunto de fotos antropométricas de un grupo aymará, llama la atención el que los hombres tengan las cabezas rapadas, contrastando con las otras, de grupos quichuas, donde las melenas abundan. La lectura del texto nos permitió conocer que se trata de ciento dieciocho presos de la prisión de La Paz, de los cuales cuarenta y uno habían sido acusados de participar en un sangriento encuentro con militares oficialistas, a los cuales habrían masacrado. De esta manera, la prisión se convirtió, para los expedicionarios, en una buena fuente de material empírico para sus investigaciones. De hecho, éstos son los únicos aymaras que aparecen en el corpus fotográfico.

FIGURA 10: INDIOS AYMARAS PRESOS EN LA PAZ (BOLIVIA)



FIGURA 11: LA PRECISIÓN DE LAS TOMAS FOTOGRÁFICAS PERMITE COMPARACIONES ANTROPOMÉTRICAS.



J. Aumont (1999), señala que la imagen puede cumplir dos funciones, a las que llama espejo y mapa. En el primer caso, la imagen pretende reflejar la realidad tal cual es; en el segundo, intenta esquematizarla, es decir, constituye una referencia. Sobre esta base, creemos que los expedicionarios franceses pretendieron que sus fotos cumplieran con la primera de las dos funciones apuntadas por Aumont; sin embargo, y desde nues-

tra gramática de reconocimiento, vemos en ellas apenas una síntesis esquemática –y sesgada ideológicamente– de lo que vieron o pudieron o quisieron ver.

La macroestructura textual en la cual convergen todas estas isotopías es la construcción de un “otro”, en el que se subrayan, no las similitudes, sino las diferencias. En esto, coincidimos con Lacan (1997) en que *“el otro es el lugar donde se sitúa la cadena del significante que rige todo lo que del sujeto podría hacerse presente, es el campo de ese ser viviente donde el sujeto tiene que aparecer”*. Si inferimos una cadena de semiosis infinita sobre nuestro análisis, podemos plantear que la episteme de fines del siglo XIX se traduce en una antropología entendida estrictamente como física que, a su vez, es reelaborada en estas fotos, cuyo interpretante es ese “otro” que se está construyendo y que, al mismo tiempo, confirma la imagen que de sí tiene el emisor del texto. El interpretante final, como querría Pierce, es una actitud: la actitud del científico europeo frente al indígena, el cual es considerado biológica y culturalmente diferente, no diverso.

IX A MODO DE SÍNTESIS

La antropología europea decimonónica, fuertemente condicionada por la Modernidad, contribuyó al despojo que sufrieron los pueblos extraeuropeos de sus propias y singulares identidades históricas, despojo éste que los desplazó del lugar que les corresponde en la historia de la producción cultural de la Humanidad.

El resultado de la primera construcción de alteridad moderna fue, para América Latina, esta nueva identidad racial, colonial y negativa, de la cual aún no le es posible emerger. América Latina continúa hoy intentando responderse quién es, conciente de que, como estructura civilizatoria, dista mucho del Occidente cristiano dentro del cual pretendieron encorsetarla. Para ello, será preciso romper con esa particular articulación dialéctica y eurocéntrica entre precapitalismo y capitalismo, primitivo y civilizado, tradicional y moderno, basada en la naturalización de las diferencias y en la percepción de lo no europeo como pasado que debe ser dejado atrás.

BIBLIOGRAFÍA

- ARENAS, Patricia y GIRAUDO, Silvia (2001): "Expediciones, fotos y antropología: una lectura semiótica". *Simposio Internacional Un país más allá de las nubes. A 100 años de la expedición sueca de Erland Nodenskiöld. UNJu*. Universidad Nacional de Jujuy, Jujuy, Argentina. Agosto de 2001.
- AUMONT, Jacques (1999): *La imagen*. Paidós. Barcelona.
- CASTRO GOMEZ, Santiago (2000): "Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la invención del otro". En Lander Edgardo (comp.) (2001): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Clacso. Buenos Aires.
- CHERVIN, Arthur (1908): *Anthropologie bolivienne*. 3 Tomos. Imprimerie Nationale. Paris.
- CLAVERO, Bartolomé (1994): *Derecho indígena y cultura constitucional en América*. Siglo XXI. México.
- DE CARVALHO, José Jorge (2000): *La mirada etnográfica y la voz subalterna*. Universidad de Brasilia.
- DUSSEL, Enrique (2000): "Europa, modernidad y eurocentrismo". En Lander Edgardo (comp.) (2001): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Clacso. Buenos Aires.
- FOUCAULT, Michel (1994): *Microfísica del poder*. Ediciones La Piqueta. Madrid.
- FRIZOT, Michel (1998): *A new history of photography*. Könemann Verlag. Colonia.
- GIRAUDO, Silvia y ARENAS, Patricia (2001): "Una expedición científica en el contexto de la modernidad decimonónica". *XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Rosario de Santa Fe, Argentina.
- HABERMAS, Jurgen (1989): "Modernidad, un proyecto incompleto". En Nicolás Casullo, (comp.): *El debate modernidad-posmodernidad*. Puntosur. Buenos Aires.
- KREMER-MARIETTI, Angele (1989): "La antropología física y moral en Francia y sus implicaciones ideológicas". En Britta Rupp-Eisenreich: *Historias de la antropología. Siglos XVI-XIX (282-310)*. Júcar Universidad. Barcelona .
- LACAN, Jacques (1997): *Seminario XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós. Barcelona.
- LANDER, Edgardo (2000): "Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos". En Edgardo Lander (comp.): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Clacso. Buenos Aires.
- LEVI-STRAUSS, Claude (1993): "Raza e Historia". En Claude Levi-Strauss: *Raza y cultura*. Cátedra. Madrid.
- MIGNOLO, Walter (2000): "La colonialidad a lo largo y a lo ancho". En Edgardo Lander (comp.): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Clacso. Buenos Aires.
- REBOUL, Olivier (1986): *Lenguaje e ideología*. Fondo de Cultura Económica. México.
- VON ROSEN, Eric (1957): *Un mundo que se va. Exploraciones y aventuras entre las altas cumbres de la cordillera de los Andes. Opera Lilloana N° 1*. Fundación Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán. Argentina.
- WALLERSTEIN, Immanuel: *Conocer el mundo, saber el mundo*. Siglo XXI. México.